

Confusión de Papeles del Ejecutivo

Los que se Hacen Bolas y por qué

- ★ Reuniones Privadas del PRI en Los Pinos, ya no más
- ★ ¿Qué Hacía Allí el Presidente de la Suprema Corte?
- ★ Gobernación Debe ser Imparcial y Además Parecerlo

LORENZO MEYER

“¡Que no se haga bolas nadie!”, advirtió el Presidente a sus correligionarios y subordinados del PRI el pasado 27 de enero en un desayuno celebrado en la casa presidencial. En realidad, hubiera sido más apropiado decir: “¡No nos hagamos bolas!” o, mejor aún, “¡Estamos hechos bolas!”, pues todo apunta a que el centro de la confusión está en la presidencia misma.

El embrollo en las filas del gobierno y del partido del Estado, es reflejo del desconcierto que causó en

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Sigue de la primera plana

el corazón del sistema de poder el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas. Y el desconcierto es explicable; la presidencia autoritaria del México postrevolucionario no está acostumbrada a que alguien la desafíe abiertamente, cuestione su legitimidad, y lo haga desde una situación límite; poniendo la vida en prenda, tampoco está acostumbrada a que la opinión internacional no la apoye, ni a que la sociedad mexicana tome la iniciativa y le exija que se acabe con el juego político tradicional y que lo legal sea, por fin, lo real.

Un ejemplo de la confusión —las bolas— en la cima del poder, fue la reunión misma donde se pretendió introducir orden. En la nueva realidad creada por los sucesos de Chiapas, ya no se pueden celebrar impunemente reuniones privadas de la cúpula del PRI en Los Pinos. La confusión de papeles entre el Jefe del Poder Ejecutivo —el Presidente— y el jefe del partido del Estado —el PRIsidente— debe quedar como una de las características del pasado, no del presente y menos del futuro.

Sin duda, en sí mismo, un hecho sustantivo, la confusión de papeles del Jefe del Poder Ejecutivo el pasado día 27, sí es síntoma del viejo mal de fondo que aqueja a la vida política nacional. Quizá sea demasiado pretender que el ocupante de Los Pinos se comporte como cierto ocupante de la Casa Blanca, que llegó al punto de pagar de su bolsillo la comida de un familiar cuando éste llegaba a visitarle. No hay que exagerar, pero sí hay que tener muy presente que una de las razones por las cuales no ha existido nunca en nuestro país un juego limpio entre las fuerzas políticas en pugna, es porque en México existe un partido de Estado, es decir, un partido alimentado con los recursos del gobierno o con los que el gobierno le consiga. Y es por la existencia de este maridaje entre gobierno y partido en el poder, que hay quienes, como los nuevos zapatistas, consideran que en México están cerradas las opciones políticas pacíficas y efectivas. De aquí en adelante, y como ya bien observó René Delgado (Reforma, 29 de enero), lo conveniente es que si el Presidente quiere reunirse con sus correligionarios en su calidad de primer prífsta del país, lo haga en la sede del PRI

y no en la sede oficial de Los Pinos.

Como se recordará, el mismo día en que en Los Pinos el Jefe del Poder Ejecutivo pedía a los suyos “no hacerse bolas” y volvía a confirmar su decisión de hacer de Luis Donaldo Colosio su heredero, el PRI y siete partidos más suscribieron en la sede del IFE —bajo la presidencia del doctor Jorge Carpizo—, un compromiso para llevar a cabo algo histórico, absolutamente normal en otras partes, pero sin precedente entre nosotros: elecciones que sean, a la vez, competidas y tengan un resultado creíble. Ahora bien, un requisito indispensable e insustituible para lograr lo anterior, es que ya no fluyan al PRI los recursos gubernamentales y que la maquinaria encargada de preparar y llevar a cabo la elección sea realmente imparcial. Sin esa imparcialidad, no será posible construir la opción civilizada a la política de las armas ni la largamente esperada transición del autoritarismo a la democracia.

Y en la reunión del pasado 27, hubo una imparcialidad que se puso en entredicho. El nuevo secretario de Gobernación —principal responsable de llevar a buen fin el proceso electoral de agosto próximo—, el doctor Jorge Carpizo, al asumir el puesto en medio de la crisis desatada por la rebelión del EZLN, declaró públicamente que él no era un hombre de partido. Tal declaración tenía por objeto lograr una mayor capacidad de negociación con la oposición y lograr una autoridad moral que su predecesor nunca tuvo. Para el nuevo titular de Gobernación, la credibilidad pública en torno de su imparcialidad en materia electoral es su principal capital político e instrumento insustituible para que en 1994 no se repita lo de 1988. La oportunidad y la responsabilidad históricas del nuevo secretario de Gobernación son enormes e igual debe ser su cuidado. Entonces ¿qué hacía el doctor Carpizo en la reunión de prietas a puerta cerrada en Los Pinos? La reunión de que se trata tenía por objeto calmar las angustias y dudas de la cúpula prieta ante lo inédito de su situación; convencerles que lo que estaba ocurriendo en Chiapas era algo menor, que no ponía en peligro el proyecto central; continuar en el poder. Desde el punto de vista presidencial sólo cuatro municipios desertaron de la Gran República de la Solidaridad en tanto que los

2,403 restantes permanecen leales (don Porfirio bien pudo haber usado esa misma lógica al mes del levantamiento maderista). Puestas las cosas así, Luis Donaldo Colosio seguía siendo el heredero viable y no su rival interno y ahora Comisionado para la Paz, Manuel Camacho. Ahora bien, para la misión del doctor Carpizo y para la democracia mexicana, hubiera sido mejor que el secretario de Gobernación hubiera tomado ese día el desayuno en su casa y no en Los Pinos. Con el mismo razonamiento, también se puede hacer otra pregunta: ¿qué hacía en esa reunión partidista el presidente de la Suprema Corte, cabeza, en teoría, de un poder independiente y ajeno a la política de partidos?, pero en este último caso no vale la pena seguir adelante, por ahora la Suprema Corte no tiene salvación como fuerza política o moral.

Tras la aparente confusión y bolas de la clase política en el poder, hay una cosa que sigue muy clara: el partido del Estado estará pasándola mal, pero sigue vivo, como vivo está el proyecto de su jefe nato. La pregunta clave es, por tanto, la siguiente: una vez que las bolas causadas por lo ocurrido el 1º de enero desaparezcan ¿podrán los integrantes del equipo de Los Pinos mantener su proyecto político original, el que habían puesto en marcha al llevar a la Secretaría de Gobernación al gobernador con licencia de Chiapas, a Patrocinio González Garrido?

Una de las cosas que ha sacado a la luz el conflicto chiapaneco, es la prepotencia e impunidad con que Patrocinio González Garrido (y al sucesor que dejó al pasar de Tuxtla Gutiérrez a la casona de Bucareli, el año pasado) usó de su poder cuando fue gobernador de ese desafortunado y bello estado. Las acusaciones al ex gobernador que hicieron los representantes de 280 organizaciones indígenas el 25 de enero en Tuxtla Gutiérrez, delante de Salinas de Gortari, son ya parte del grueso expediente político que los medios de difusión han abierto contra González Garrido. Por cinco años, según sabemos ahora todos, Patrocinio González impuso en Chiapas sus preferencias e intereses sin importar la legalidad y legitimidad de los medios; la "marca de la casa" del gobierno de González Garrido era el desalojo de comunidades rurales en la madrugada, con violencia

SIGUE EN LA PAGINA VEINTIUNO

Sigue de la página diez

y con la contundencia de una fuerza policiaca de varios centenares —600 o 700 efectivos no era raro—, que excedía por varias veces al número de los desalojados. Algunas de las violaciones a los derechos humanos de la época en contra de las comunidades indígenas —asesinatos incluidos— están registradas, entre otras publicaciones, en la Gaceta de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) de la que Carpizo fue el primer titular, en los informes anuales de Amnistía Internacional o en el reporte de Americas Watch Derechos Humanos en México ¿una política de impunidad? (Planeta, 1991). En realidad, el recurso a las armas del EZLN se puede explicar, en parte, como una

respuesta efectiva a un caso extremo de autoritarismo, violencia, corrupción y prepotencia en el uso del poder.

El estilo personal de gobernar de Patrocinio González, tenía que ser perfectamente conocido por el Presidente Salinas y principal asesor político, José Córdoba. En realidad, es posible suponer que fue precisamente por conocer muy bien su *modus operandi* —dureza y falta de reparos en el uso de los medios para lograr los fines—, que la presidencia consideró que el mandatario chiapaneco era el hombre del momento; el hombre que quedaba pintiparado en una Secretaría de Gobernación cuyo encargo principal era asegurar, por los medios que fuera menester, el triunfo electoral en agosto de 1994 del continuador de

LOS QUE SE HACEN BOLAS Y POR QUE

Continuación.

salinismo, es decir, Luis Donald Colosio. Después de todo, en las elecciones de 1991 —las de la recuperación priísta— la Chiapas de Patrocinio González había dado al PRI el segundo porcentaje más alto de votos en el país. Lo ideal, pues, era hacer del resto de México una gran Chiapas, al menos en materia electoral.

Hasta antes de que el EZLN irrumpiera en un escenario al que no había sido invitado, Patrocinio González era la pieza clave para lograr la continuidad de un proyecto económico y político diseñado a partir de 1985, y cuyos autores y beneficiarios deseaban mantenerlo vigente hasta, por lo menos, el fin de este siglo. Por el tono de la reunión en el salón López Mateos del 27 de enero, el proyecto de continuidad sigue

vigente, pero ya no cuenta para ser puesto en práctica con Patrocinio González, lo cual abre una posibilidad para quienes deseamos que concluya la larga noche política en que nos ha sumido el monopolio priísta de 65 años.

La magnitud del golpe dado por el EZLN al proyecto anterior, se puede medir, entre otras cosas, justamente por la naturaleza del dramático cambio en el equipo de Gobernación. La distancia que media entre el ex gobernador de Chiapas y el ex rector de la Universidad Nacional y ex responsable de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, es enorme. Esa distancia puede facilitar —que no asegurar— el próximo agosto una jornada electoral distinta a la de 1988. Y unas elecciones competidas y crebles bien

pueden ser la llave del cambio de una régimen que nació en 1917, y que de entonces a hoy se ha caracterizado por su naturaleza antidemocrática.

Ahora bien, un cambio de la magnitud del que se plantea, no puede depender de una sola persona —Jorge Carpizo— y menos cuando en Los Pinos se insiste en confundir a la parte PRI —con el todo— el país. El cambio, si llega a darse, será como resultado

de un esfuerzo sistemático del conjunto de fuerzas de la civil mexicana —partidos, organizaciones no gubernamentales, medios de comunicación—, que por caminos y con resultados diversos, han ido ganando terreno al autoritarismo presidencial. Así pues, no hay que disminuir ni un segundo la presión para que lo que, en materia de legalidad política es, se acerque cada vez más a lo que debiera ser.

La presidencia y su partido no van a dejar el poder —y los enormes intereses creados a su sombra— como resultado de una repentina conversión a la legalidad y a la democracia. Hay que quitárselos vigilando todos sus movimien-

tos, exigiéndoles a cada paso el cumplimiento cabal de las reglas del juego electoral limpio y, en fin, aumentándoles a un nivel prohibitivo el costo del volver a hacer este año lo que hicieron hace seis.